**MI EXPERIENCIA CON DIOS QUE CONSUELA**

2 Corintios 1:3-7

INTRODUCCIÓN:

Genaro Mejía publicó un artículo que tituló “¿Quién consuela a los que emprenden?” y en un extenso párrafo escribió: “Tengo ganas de llorar a moco tendido. Soy papá y emprendedor, y no me he dado permiso para derrumbarme en casi tres años. He tenido buen cuidado de guardarme las angustias, las taquicardias y la ansiedad debajo de las almohadas en las noches de insomnio o entre los árboles mientras camino para buscar calma. No puedo estar mal. Tengo que estar bien para mi familia, mis amigos, mis clientes. Debo mantenerme positivo y fuerte sin importar lo que pase.

“Decidí emprender y por eso debo tragarme la incertidumbre por el dinero que no cae, amarrarme las tripas hechas bola ante el desaire de los clientes, enterrar la frustración de armar decenas de propuestas de nuevos proyectos y recibir como respuesta la cachetada del silencio…

“Quisiera correr a refugiarme en los brazos de mi madre, como cuando tenía cinco años y algún compañerito de la escuela se burlaba de mí. Y llorar sin límites, desbordarme sin que nada más me importe. ¿Te has sentido así? ¿Has tenido que después de tres años el cansancio, el estrés y las presiones acumuladas te están ahogando?

“Estoy seguro que sí. Ya sé que se llama “ser adulto” y a todos nos pasa. Pero a las personas que emprenden – nada de esto los detiene. Siguen con la fe puesta en su sueño, con la sonrisa lado a lado, trabajan sin descanso con la convicción de que vale la pena. Como emprendedores inspiran a otros, los motivan, los alientan, los consuelan cuando algo no sale bien. Pero ¿quién los consuela a ellos, cuando se derrumban y ya no pueden más?”

Es válida la pregunta “¿Quién consuela a los que emprenden?” Como vemos, el consuelo no es solamente para el tiempo de duelo por la muerte de un familiar o amigo, sino para cualquier situación donde nos sentimos devastados, angustiados o en una profunda depresión y tristeza. Porque la palabra “consuelo” se utiliza como un paliativo que hace desaparecer la aflicción. Por eso, en algunos casos necesitamos de la compañía de nuestra pareja, nuestros padres, hermanos, tíos, hijos, primos o amigos para sentirnos mejor.

Sigmund Freud escribió “La ciencia moderna aún no ha producido un medicamento tranquilizador tan eficaz como lo son unas pocas palabras bondadosas.” La consolación es un medicamento que nuestra alma necesita para estar bien. La palabra que se traduce por consolación es “*paraklesis”* que va mucho más allá de aliviar un dolor, porque da la idea de “dar fuerza, de ayudar y de hacer fuerte” a otra persona. Por eso, en latín se tradujo por la palabra *“fortis”* que también significa “valiente”.

La ayuda emocional que podemos recibir de un amigo o de alguien cercano cuando nos sentimos mal es enorme y efectiva, porque nos da fuerzas, nos levanta y nos anima a continuar. Pero el consuelo que viene de Dios es mucho más y jamás se puede comparar con la consolación que podemos recibir de Dios, el Dios que consuela.

**I DIOS NOS CONSUELA POR QUE ES EL DIOS DE TODA CONSOLACIÓN**

2 Corintios 1:3 “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación”

Dios es el “Dios de toda consolación” y usa diferentes maneras y medios para confortarnos y animarnos en esos momentos. Por ejemplo, el apóstol Pablo dijo “cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores. Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito” (2 Corintios 7:5-6) Con estas palabras indicaba que tanto Pablo como sus compañeros no podían descansar y se sentían agotados físicamente desplazándose de un lado a otro por las amenazas, los peligros, la falta de recursos y apoyo, de un lugar donde descansar, por lo cual escribió “ningún reposo tuvo nuestro cuerpo” y añadió “en todo fuimos atribulados”.

La palabra “atribulados” proviene del nombre de un instrumento que se usaba en el campo para moler los granos, llamado “tribulum”. Por eso, cuando se decía que alguien estaba atribulado significaba que de manera figurada estaba deshecho, hecho pedazos o molido. Se sentía como aplastado como un grano de trigo.

En realidad, muchas veces, cuando estamos cansados por algún trabajo, decimos “estoy molido, estoy agotado, no doy más”, pero en el caso de Pablo y sus colegas, no solo se sentían así, es decir, no solo estaban atribulados, sino que interiormente estaban estresados por el temor. Y escribió “de fuera, conflictos; de dentro, temores”. Temores por ellos mismos, pero también por la iglesia. Temores que la iglesia se destruya, se divida y se pierda todo su trabajo. Y de pronto, mientras pasaban por esa tribulación, llegó Tito, un íntimo colaborador de Pablo con buenas noticias de Corinto, y escribió “Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito” (2 Corintios 7:6)

Tito, al llegar les contó el efecto positivo que tuvo sobre los corintios la carta que les envió Pablo y cómo produjo en ellos un cambio de actitud. Y mientras Tito les contaba lo bien que fue tratado, una gran consolación descendió sobre ellos, y las angustias y los temores desaparecieron. Esto ocurre siempre cuando nos convertimos en portadores de buenas noticias, y Dios, el Dios de toda consolación manifiesta su gracia sobre los que están atribulados.

Que Dios sea el Dios de toda consolación, significa que utiliza diferentes caminos para consolarnos, es decir, diferentes consolaciones. A veces nos consuela con la visita y las palabras de un amigo, como en el caso de Tito; otras veces con un texto de la Biblia mientras la leemos; otras veces con una bendición inesperada; otras por medio de un sueño, como el del profeta Jeremías acerca del futuro de su nación, y cuando despertó dijo “En esto me desperté, y vi, y mi sueño me fue agradable” (Jeremías 32:26)

Y como vemos, en toda consolación verdadera, en toda consolación restauradora del alma, en toda consolación profunda está Dios, el Dios de toda consolación.

**II DIOS NOS CONSUELA PARA QUE PODAMOS CONSOLAR**

En 2 Corintios 1:4 sigue hablando Pablo y dice: “el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.”

Aquí podemos vislumbrar el propósito escondido de nuestras tribulaciones, de nuestros temores y conflictos; aquí vemos el propósito de nuestra aflicción, que se convierte en una escuela, en donde experimentamos la consolación de Dios para que nosotros podamos consolar a todos los que están pasando por un periodo de aflicción o de dolor. Porque es difícil consolar si uno no ha transitado este camino de dolor. Como alguien dijo “Consolar apropiadamente es un verdadero arte”

Porque a veces escuchamos a una persona profundamente herida y no sabemos qué decir, y no encontramos palabras, porque todo lo que digamos nos parecen palabras vacías. Porque a veces escuchamos algunos comentarios en un intento por consolar a la persona dolida, que preferiríamos no haberlos escuchado. En tales casos es mejor guardar silencio, no decir nada, antes de decir algo que pueda irritar o fastidiar al que está sufriendo. Porque si uno no tiene una palabra de parte de Dios es mejor callar, es mejor solo estar, acompañar, orar en silencio o “llorar con los que lloran”.

Aquellos que han pasado hambre de verdad, que caminaron buscando una changa, un trabajo sin resultado, cuando llegan a estabilizarse y prosperar, se solidarizan más rápidamente con los que padecen alguna necesidad, y se sienten impulsados a darles una mano. Como fueron consolados por Dios, pueden consolar a los demás. También, aquellos que sufrieron el dolor de la pérdida de un hijo y fueron consolados por Dios, no solo sienten mayor empatía con los que están de duelo, sino que pueden realmente consolarlos con las mismas palabras en que ellos fueron consolados por Dios. Se puede decir que tienen una “autoridad espiritual” para hablar y sus palabras tienen peso porque esas palabras las experimentaron en sus propias vidas.

Tal como escribió Pablo “podemos consolar…por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios”. No por la experiencia de otros, sino de la nuestra. No por el dolor de otros, sino por nuestro propio dolor donde Dios se acercó para consolarnos. Y lo que aprendimos de él, lo que nos confortó, lo que nos hizo bien y renovó nuestras fuerzas, lo compartimos con los que están atribulados, para que ellos también sean reconfortados, animados y bendecidos como lo hemos sido nosotros, convirtiéndonos así en mensajeros de Dios para transmitir e impartir la consolación con la que hemos sido consolados.

**III DIOS NOS CONSUELA POR LO QUE PENSAMOS**

Salmos 94:19 “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma”

No cabe ninguna duda que lo que pensamos influye significativamente en nuestros sentimientos y emociones. Si pensamos que nadie valora nuestro trabajo o que nadie realmente nos quiere, nos sentiremos deprimidos y entristecidos. Si pensamos que nada tiene sentido y que sería mejor estar muertos, probablemente sintamos deseos de quitarnos la vida. Si pensamos mal de los inmigrantes y que vienen para sacarnos el trabajo, es probable que sintamos aversión hacia ellos y los tratemos con dureza. Si pensamos que todos son malos y quieren aprovecharse de nosotros, sentiremos desconfianza y nos volveremos temerosos. Lo que pensamos, es lo que somos. Como dice Proverbios 23:7 “Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él”. Somos lo que pensamos.

Pero si, por el contrario, si pensamos el bien nos sentiremos bien. Si pensamos que la vida es hermosa, sentiremos gratitud a Dios cuando nos levantemos cada mañana, nos sentiremos felices al contemplar un paisaje, una puesta del sol o un amanecer, nos deleitaremos en la belleza de las flores y la naturaleza, en el canto de las aves, y de todo lo que nos rodea. Si pensamos que nuestra familia es un don de Dios, sentiremos gratitud por lo que Dios nos dio y la disfrutaremos. Si pensamos que la iglesia es una bendición para nuestras vidas, que es la familia de Dios, el Cuerpo de Cristo, sentiremos la alegría de encontrarnos, de alabar a Dios y recibir su Palabra. Si pensamos bien de la iglesia, nos sentiremos bien en ella. Lo que pensamos, eso somos.

Y a medida que tengamos más pensamientos positivos, más pensamientos de bien, a medida que esos pensamientos se conviertan en una multitud de pensamientos, toda nuestra vida se inundará de un sentimiento de alegría. Tal como hemos leído en el salmo 94 “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma”.

Probemos por uno o dos días si esto es verdad. Cambiemos el chip negativo por otro positivo. Pensemos una multitud de pensamientos buenos de todo: del trabajo, de la familia, de los vecinos, del transporte, del comercio, de los amigos, etc., dando gracias a Dios por todo. Si así lo hacemos comprobaremos que el poder de nuestros buenos pensamientos puede cambiar nuestros sentimientos.

**IV** **DIOS NOS CONSUELA CAMBIANDO NUESTRO DESIERTO EN PARAÍSO**

Isaías 51:3 “Ciertamente consolará Dios a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Dios; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto.”

Muchos cristianos en su vida contemplativa, es decir, en su búsqueda de la presencia de Dios han experimentado tiempos de desolación que llamaron “desierto espiritual”. Y hasta hoy día puede ser que oigamos que algunos se refieran a si mismos diciendo “Estoy en un desierto espiritual, no siento la presencia de Dios ni cuando leo mi Biblia, ni cuando oro, ni cuando estoy en la iglesia. Nada me afecta, nada me emociona y me siento desganado y sin fuerzas. Todo me da lo mismo. Las canciones que antes llenaban mis ojos de lágrimas ahora no significan nada, incluso me molestan.”

En el siglo XVI, un místico español llamado San Juan de la Cruz, llamó a este estado espiritual “La noche oscura del alma” y se piensa que su poema lo escribió cuando estaba en prisión. Es una noche oscura porque no se ve nada, ni una luz, ni un destello, ni una estrella, nada. Es soledad, es desierto, es tristeza…es silencio. Y esa noche no está afuera, sino dentro del alma, es la noche del alma que ya no siente a Dios.

Como dice la profecía de Isaías 21:11-12 “Guarda, ¿qué de la noche? Guarda ¿qué de la noche? El guarda respondió: La mañana viene…” Sí, la noche puede ser muy oscura, pero la mañana viene. Siempre hay un mañana y la luz volverá a alumbrar. En el desierto y la soledad del alma vendrá Dios y volverá a alumbrarnos y consolarnos “Ciertamente consolará Dios a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Dios; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto.”

Dios nos consuela y nos consuela no solamente con palabras, sino con hechos, porque el texto añade “y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Dios”. Porque cuando un desierto se cubre de flores, cuando es irrigado por arroyos cristalinos y los árboles frondosos extienden su sombra y detienen los vientos recios, el desierto deja de ser desierto. Y cuando el alma se ilumina y la presencia de Dios se hace real, el alma deja de estar en la oscuridad, y la tristeza y desazón se convierten en cantos de alegría, podríamos decir que ha amanecido un nuevo día y que la consolación de Dios ha llegado.

Tomás de Kempis, un canónigo agustino del siglo XV es conocido por su obra “La imitación de Cristo” escribió como si Cristo nos hablara, dijo “Cree en mí y ten confianza en mi misericordia. Cuando piensas que estás lejos de mí, estoy más cerca de ti. Cuando piensas que todo está casi perdido, entonces muchas veces está más cerca la ganancia. No todo está perdido cuando alguna cosa contraria te sucede. No debes juzgar cómo te sientes ahora ni acongojarte con cualquier contrariedad que te venga como si no hubiese esperanza de remedio. No te sientas desamparado, aunque te envíe tiempos de tribulación o te prive del consuelo deseado, porque de este modo llega el reino de los cielos.”

Y podemos añadir “porque de este modo el desierto se convierte en paraíso, y mi soledad en un huerto de Dios”

CONCLUSIÓN:

Hay momentos en que todos necesitamos del consuelo de un abrazo, de unas palabras afectuosas, de la compañía comprensiva y silenciosa de alguien, de las palabras sanadoras que restauran el alma y elevan la fe. Pero hoy nos hemos acercado al verdadero restaurador de nuestra alma, al Dios de toda consolación, si estamos atribulados con conflictos afuera y con temores adentro, el sabrá llenarnos de alegría en el momento oportuno.

Porque todo lo que nos ocurre tiene un propósito, para que nosotros también podamos consolar a otros con la misma consolación que somos consolados por Dios. Y de esta manera nos convertimos en los instrumentos de Dios para bendecir la vida de otros.

Pero también Dios nos consuela cuando cambiamos nuestra manera de pensar, porque por la multitud de nuestros pensamientos las consolaciones de Dios alegran nuestra vida. Si cambiamos nuestra manera de pensar, también se cambiará nuestra manera de sentir para que disfrutemos de una vida realmente abundante.

Y Dios nos consuela transformando nuestro desierto en un paraíso, la noche oscura en luz radiante del amanecer. Sabiendo también que nuestra vida no termina cuando morimos, sino que recién empieza. Tal como dijo John Henry Newman: “Nos vamos a la tumba de un amigo diciendo: “Un hombre ha muerto”, pero los ángeles se amontonan a su alrededor diciendo: “Un hombre ha nacido”. Donde podemos notar un giro de cómo pueden verse las cosas por la consolación de Dios. Y hoy Dios se ha acercado a tu vida como el Dios que consuela para conducirte a Cristo, en quien están nuestros recursos, como dice en Efesios 2:7 “para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”

Por lo tanto, ven a Cristo hoy.